
LIBRO DUODECIMO.

CAPITULO I.

Compañeros, debo confesarlo, desalentado mi ánimo, rehusaba engolfarse mas adelante en recuerdo de tantos horrores. Habia llegado á la partida de Napoleon y me persuadia que estaba desempeñada ya mi tarea. Me habia anunciado como el historiador de aquella grande época, en que desde la cumbre de la mas alta gloria, fuimos precipitados en el abismo de la mas profunda desgracia; pero ahora que no me queda ya que pintar mas que miserias horrendas ¿ porque no nos ahorrariámos, vosotros el dolor de leerlas, y los tristes esfuerzos yo de

una memoria que no tiene ya que remover mas que cenizas, que contar mas que desastres, y que no puede escribir tampoco mas que sobre sepulcros?

Pero ultimamente, supuesto que estuvimos destinados á llegar tanto en la desgracia como en la felicidad hasta lo inverisímil, haré por cumplir hasta el cabo con la palabra que os di. Porque cuando la historia de los varones insignes refiere aun sus postremos momentos; Con que derecho omitiria mi pluma el último suspiro del egército grande moribundo? Todo lo suyo pertenece á la fama, así aquel gran quegido como sus triunfantes gritos. Todo fué grande en él; y nuestra suerte será infundir asombro en las edades á puro esplendor y duelo. ¡Triste consuelo, pero el único que nos queda; porque, no lo dudeis, compañeros, el rumor de tan grande ruina resonará en aquellos tiempos venideros, en que los grandes desastres inmortalizan tanto como las grandes glorias!

Napoleon acababa de atravesar la mul-

titud de sus oficiales, colocados en su tránsito, despediéndoles con tristes y violentadas sonrisas; y se llevó consigo los deseos de ellos, igualmente mudos, que algunos ademanes respetuosos expresaron. Metióse con Caulincourt en un coche; cuyo pescante ocuparon su Mameluco y Monsowitch, capitan de su guardia; siguiéndole en un trineo Duroc y Lobau.

Le escoltaron al principio algunos Polacos, á quienes relevaron despues los Napolitanos de la guardia real. Cuando este cuerpo vino de Vilna á recibir al emperador, se componia de seiscientos á setecientos hombres; todo entero pereció en aquella corta travesía; su único enemigo fué el invierno. Los Rusos sorprendieron y abandonaron en aquella noche misma Ioupranoui, otros dicen Osmiana, pueblo por el cual debia pasar la escolta. No faltó mas que una hor. para que Napoleón cayera en aquella refriega.

Encontró al duque de Bassano en Miedniki. Sus primeras palabras fueron

« que no tenia ya egército, que marchaba algunos dias hacia en medio de una turba de hombres desbandados, errantes acá y allá para proporcionarse víveres; que se podria reunirlos todavia dándoles pan, zapatos, vestidos y armas; pero que su administracion militar no habia previsto nada, y que no se habian egecutado sus órdenes. » Y como Maret le diese por respuesta el estado de los inmensos almacenes encerrados en Vilna, exclamó: « ¡ que le volvia la vida! Que le daba el encargo de transmitir á Murat y Berthier la orden de detenerse ocho dias en aquella capital, reunir allí el egército, é infundirle suficientes alientos y fuerzas para continuar menos deplorablemente la retirada. »

Se efectuó lo restante del viage de Napoleón sin obstáculo ninguno. Dió vuelta á Vilna por sus arrabales, atravesó Wilkowski, en donde mudó su coche con un trineo, se detuvo el 10 en Varsovia, para pedir á los Polacos un alistamiento de diez mil Cosacos, acordarles algunos sub-

sidios, y prometerles su próxima vuelta al frente de trescientos mil hombres. Desde allí, despues de haber atravesado rápidamente la Silesia, volvió á ver Dresde y á su rey, despues Hanau, Maguncia, y en fin Paris, en donde se presentó repentinamente el 19. de diciembre, á los dos dias de haberse publicado su vigésimo nono boletin.

Este señor de la Europa no habia sido desde Malo-Iaroslavetz, hasta Smorgony, mas que el general de un egército moribundo y desordenado. Fué desde Smorgony hasta el Rhin un incógnito tráfugo por medio de una tierra enemiga; y se halló de nuevo repentinamente mas acá del Rhin dueño y vencedor de la Europa. El último soplo de viento hinchaba todavia aquella vela.

Sus generales sin embargo aprobaban su partida en Smorgony; y tan lejos de desanimarse fundaban todas sus esperanzas en ella. El egército no tenia ya mas que huir; estaba abierto el camino, y poco

distante la frontera rusa. No tardarian en encontrarse con un socorro de diez y ocho mil hombres de tropas frescas, con una ciudad populosa é inmensos almacenes; y reducidos Murat y Berthier á sí mismos, creyeron pues arreglar aquella huida. Pero era necesario un coloso para punto de reunion en medio de aquel desmesurado desorden; acababa de desaparecerse semejante coloso; y en el vacío que dejó, se vislumbraba apenas á Murat.

Vióse muy bien entonces que no se substituye un grande hombre, sea que la soberbia de sus generales no pudiese acomodarse ya á otra obediencia, sea que habiéndolo pensado, previsto, y ordenado todo Napoleon, hubiese formado unicamente buenos instrumentos, hábiles tenientes, pero no gefes.

Se negó á la obediencia ya un general desde la primera noche; y el mariscal que mandaba la retaguardia, se volvió casi solo al cuartel real. Quedaban allí todavía tres mil hombres de las guardias antigua

y nueva; lo cual formaba todo el ejército grande; y no restaba ya de aquel descomunal cuerpo mas que la cabeza. Pero echados á perder aquellos veteranos con el hábito de no ser mandados mas que por el conquistador de la Europa, no sosteniéndolos ya la gloria de servirle, y desdeñándose de guardar á otro, se trastornaron sucesivamente á la noticia de la partida de Napoleon, y cayeron ellos mismos en el desorden.

Los mas de los coroneles del ejército, que hasta entonces se habian atraído la admiracion, marchando todavía con cuatro á cinco oficiales ó soldados alrededor de su águila, no tomaron ya órdenes mas que de sí mismos; y cada uno se creyó encargado de su propia salud. No confiamos ya el cuidado de nuestra conservacion mas que á nosotros solos; y hubo sugetos que anduvieron doscientas leguas sin volver la cabeza: fué un general sálvese el que pueda.

Por lo demas, el desaparecimiento del

emperador y la incapacidad de Murat, no fueron las únicas causas de aquella dispersion; la mas principal fué la violencia del invierno, que volviéndose rigorosísimo en aquel instante, lo agravó todo, y descargó todo entero, por decirlo así, entre el egército y Vilna.

Hasta Malodeczno y dia 4 de diciembre en que la estacion se nos volvió mas pesada, la marcha, aunque espinosa, habia acarreado un número de muertes menos considerable que antes del Beresina. Se debió esta tregua al vigor de Ney y Maison, á la temperatura mas llevadera entonces, á varios recursos que presentó un suelo menos asolado, y ultimamente á que se habían escapado del paso del Beresina los hombres mas robustos.

Aquella especie de arreglo que se habia introducido en el desorden, se habia sostenido. La masa de los fugitivos caminaba dividida en una multitud de pequeñas compañías de ocho á diez hombres. Muchas de estas bandas poseian todavía un

caballo cargado con sus víveres, ó que él mismo debia servir de ellos. Varios andrajos, algunos ustensilios, unas alforjas, y un palo, formaban la vestimenta y armadura de aquellos desdichados. No tenían ya del soldado el arma, uniforme, ni la voluntad de luchar contra otros enemigos que el hambre y las escarchas; pero les quedaba la perseverancia, el hábito del peligro y sufrimiento, y un ánimo siempre pronto, docil y vivo para utilizarse todo lo posible de su situacion. Ultimamente un mote, con que los soldados todavía armados habian ridiculizado á sus desbandados compañeros, tuvo algun influjo entre ellos mismos.

Pero desde Malodeczno y la partida de Napoleon, cuando duplicando el invierno todo entero su rigor, nos asaltó á cada uno de nosotros, se disolvieron todas aquellas compañías formadas contra la desgracia; y todo se convirtió en una multitud de luchas solitarias é individuales. No se respetaron los mejores á sí mis-

mos ya ; desapareció todo freno ; las miradas no reprimieron ; la desdicha no tuvo la esperanza de socorro , y ni aun de pesar ; el abatimiento careció ya de jueces , y hasta de testigos , pues todos eran víctimas.

Desde entonces , ninguna hermandad militar , ningun trato , ningun vínculo : la demasía de las desdichas habia embrutecido ; el hambre , la voraz hambre habia reducido aquellos desdichados al instinto brutal de la conservacion , única propension de los mas feroces brutos , y que está pronto á sacrificárselo todo ; y parecia que una naturaleza áspera y barbara les habia comunicado su furor. Parecidos á los salvages , los mas fuertes despojaban á los mas débiles ; acudian alrededor de los moribundos , y con frecuencia no aguardaban sus postreros alientos. Cuando caia un caballo , se hubiera creído ver una hambrienta jauría ; le rodeaban , le desuartizaban , disputándose entre sí los pedazos á la manera de lobos voraces.

No obstante esto , el mayor número con-

servó suficiente fuerza moral para buscar su salud sin ageno perjuicio ; pero era el supremo esfuerzo de la virtud. Gefes , ó compañeros , si uno caia al lado de ellos , le cogian las ruedas de los cañones ; los llamaba en balde á su socorro , tomando por testigo una patria , religion y causa comun ; porque ni aun siquiera una mirada se les arrancaba. Habia pasado á sus pechos toda la inexorable frialdad del clima , cuya aspereza habia contraido sus afectos igualmente que sus rostros. Todos , exceptuando algunos gefes , estaban embebidos con sus martirios , y el pavor no dejaba cabida ninguna para la piedad.

Así el egoismo que afean en el exceso de la prosperidad , nació aquí del exceso de la desdicha , pero mas perdonable , por ser voluntario el uno , y forzoso este ; falta del corazon el uno , y un impulso instintivo y meramente corporal el otro ; y realmente peligraba la vida en detenerse por un instante. El alargar la mano en aquel naufragio universal á su com-

pañero , á su moribundo gefe, era un acto admirable de generosidad; y el menor impulso de humanidad pasaba á ser una accion sublime.

Algunos sin embargo se mantuvieron firmes contra el cielo y la tierra; protegiéron y dieron socorro á los mas débiles; pero fueron raros.

CAPITULO II.

En el 6 de diciembre, en cuya víspera habia partido Napoleon, se manifestó mas tremendo todavía el cielo. Se vieron errar por los aires diversas moléculas heladas, las cuales cayeron tiesas y cuajadas. La atmósfera estaba inmóvil y muda; parecia que cuanto tenia vida y movimiento en la nataraleza y hasta el aire, habian sido asaltados, sugetados y helados por una muerte universal. Entonces no habia ya palabras ni murmullo ninguno, sino un profundo silencio, el de la desesperacion, y las lágrimas que lo anuncian.

Se escabullian por aquel imperio de la muerte como unas infaustas sombras; y unicamente el sordo y uniforme ruido de nuestras pisadas, el crujido de la nieve,

y los débiles ayes de los moribundos, interrumpian aquella vasta y lúgubre taciturnidad. Desaparecieron entonces la cólera, imprecaciones y cuanto suponía una reliquia de calor vital; quedaban apenas fuerzas para rogar; aun caían los mas sin quejarse, ya por debilidad ó resignacion, ya porque no se queja uno mas que cuando espera enternecer, y discurre que le tienen compasion.

Se desalentaron aun aquellos soldados nuestros que se habian manifestado mas perseverantes hasta entonces. Se abria la nieve bajo sus pasos unas veces; no presentándoles con mayor frecuencia su vidriada superficie apoyo ninguno, resbalaban á cada instante, y marchaban de caida en caida, parecia que aquel enemigo suelo se negaba á sostenerles, que se escapaba de sus hincapiés, y les armaba lazos como para embarazarlos, retardar su marcha, y entregarlos á los Rusos que les daban el alcance, ó á su clima.

Y realmente, luego que extenuados se

paraban por un instante, cargando el invierno su mano de hielo sobre ellos, se apoderaba de aquel despojo. Sintiéndose entonces embarazados aquellos infelices, se volvian á levantar en balde, dando algunos pasos como autómatos, ya sin voz, insensibles, y poseidos de estupor, porque helándose la sangre en sus venas como las aguas en el curso de los arroyos, robaba todo el vigor al corazon, y reflejía hácia la cabeza: con lo que aquellos moribundos se bamboleaban como en un estado de embriaguez. Encendidos é inflamados sus ojos con el continuo aspecto de una resplandeciente nieve, con la privacion del sueño, y con el humo de los bivaques, despedian verdaderas lágrimas de sangre, su pecho exhalaba profundos suspiros, miraban al cielo, á nosotros, y á la tierra con ojos consternados, clavados y hoscós; era su despedida de aquella bárbara naturaleza que los martirizaba, y quizás sus reconvenciones. Bien pronto se dejaban caer de rodillas, afirmándose

después con las manos, vageceaba todavía su cabeza á la derecha é izquierda por algunos instantes, y se les soltaba con la boca abierta algunos sonidos moribundos, caía al cabo sobre la nieve, rojeándola inmediatamente con una sangre cárdena, y habian dado fin sus tormentos.

Sus compañeros los dejaban atrás sin entraviarse ni siquiera un paso, para no alargar su camino, y sin volver la cabeza, porque su barba y pelo estaban llenos de carámbanos, y cada movimiento era un dolor. Ni aun se compadecian de ellos, porque ultimamente ¿qué habian perdido al caer rendidos? ¿qué dejaban? ¿Se padecia tanto! ¿Estaba todavía tan distantes de la Francia! ¿tan desconocidos con los aspectos y la desgracia, que todos los gratos recuerdos se hallaban borrados, y la esperanza casi destruida: por lo mismo el mayor número se habia vuelto indiferente sobre la muerte, por necesidad, por el hábito de verla, por estilo, y aun insultándola á veces; pero con mayor fre-

cuencia, contentándose con pensar, á la vista de aquellos desdichados tendidos é inmediatamente tiesos, que carecian ya de necesidades, que reposaban y que no sufririan mas! Y efectivamente la muerte en una posicion dulce, estable y uniforme, puede ser un suceso siempre extraño, un contraste espantoso, y una terrible revolucion; pero en aquel tumulto, en aquel atropellado y continuo movimiento de una vida totalmente activa, peligrosa y dolorosa, no parecia mas que un tránsito, una ligera alteracion, una mudanza mas, y que causaba poca extrañeza.

Estos fueron los postreros dias del ejército grande. Sus postreras noches fueron mas horrendas todavía. Aquellos á quienes cogieron juntos lejos de todo poblado, se pararon en los linderos de algun monte, en donde encendieron fuegos, al lado de los cuales permanecian toda la noche derechos é inmóviles como visiones. No pudiendo hartarse de aquel

calor, permanecian tan pegados á la lumbre, que ardian sus vestidos, quemándose tambien los helados miembros de sus cuerpos que el fuego descomponia. Lo forzaba un horrible dolor á tenderse entonces, y en balde hacian por volverse á levantar en el siguiente dia.

Aquellos sin embargo á quienes habia dejado el invierno ilesos, y que conservaban una reliquia de valor, preparaban sus tristes comidas. Eran, como desde Smolensko, algunas lonjas de caballo asadas, harina de centeno desleida como papilla en agua de nieve, ó formada en galletas y que sazaban á falta de sal, con la pólvora de sus cartuchos.

Acudian al resplandor de aquellas lumbres nuevos espectros, á los que repelian los primeramente venidos. Aquellos infelices andaban errantes de uno en otro bivaque, hasta que arrecidos y desesperados, se entregaban al abandono. Tendiéndose entonces sobre la nieve, y á espaldas de sus mas afortunados camara-

das, espiraban allí. Algunos, sin medios ni fuerzas para abatir los elevados abetos de aquellas selvas, trataron en balde de incendiarlos por el pie, pero los asaltó bien pronto la muerte alrededor de aquellos árboles en todas las posturas.

Viéronse mayores horrores todavía bajo los vastos sotechados que coronan varios puntos de la calzada. En ellos se precipitaban soldados y oficiales juntos, amontonándose por tropeles: se apretaban allí unos contra otros como si fueran ganados, alrededor de las lumbres, y no pudiendo los vivos apartar del hogar á los muertos, se colocaban encima de ellos para expirar sucesivamente, y servir de lecho mortal á nuevas víctimas. Otros tropeles de rezagados se presentaban bien pronto todavía, y no pudiendo introducirse en aquellos asilos de dolor, los sitiaban.

Sucedió á menudo que demolieron las paredes de leña seca para alimentar sus fuegos, desechados y desanimados otras

veces, se limitaban á resguardar con ellas sus bivaques. No tardaban en comunicarse las llamas á aquellas habitaciones, y medio muertos de frio los soldados que estaban dentro, acababan su vida á la violencia del fuego. Aquellos militares nuestros á quienes estos albergues salvaron, hallaron en el siguiente dia á sus compañeros helados y por montones alrededor de sus apagados fuegos, y para salir de aquellas catacumbas, les fué preciso trepar con horribles esfuerzos por encima de los rimeros de aquellos infelices, algunos de los cuales respiraban todavía.

En Youpranoi, aquel mismo pueblo en que el partidario ruso Seslawin no habia cogido recientemente por una hora al emperador, quemaron los soldados varias casas en pie, y totalmente íntegras para calentarse por unos instantes. El resplandor de aquellos incendios atrajo á algunos infelices, á quienes la intension del frio y dolor habia exaltado hasta el delirio ;

acudian como furiosos, y se arrojaron con rechino de dientes y risas infernales en aquellos hornos, en que perecieron con horribles convulsiones. ¡ Los miraban sin espanto sus hambrientos compañeros, aun hubo algunos que atrageron hácia sí aquellos cuerpos desfigurados y asados con las llamas, y es mucha verdad que osaron llevar aquel irritante alimento á su boca !

Aquel era el egército salido de la nacion mas culta de la Europa, aquel egército poco antes tan sobresaliente, victorioso de los hombres hasta su último momento, y cuyo nombre dominaba todavía en tantas capitales conquistadas. Sus mas esforzados campeones que acababan de atravesar orgullosamente tantos campos de sus victorias, habian perdido su gallarda planta, cubiertos de andrajos, con los pies descalzos y desgarrados, apoyados en algunos ramos de pino, iban tirando, empleando para huir todo aquel vigor y perseverancia de que habian usado para vencer.

Tuvimos entonces nuestros presagios al modo de los pueblos supersticiosos, y oímos mentar las predicciones. Algunos sostuvieron que un cometa habia alumbrado con sus adversos fuegos nuestro paso del Beresina; añadian es verdad, « que sin duda aquellos astros no pronosticaban los grandes acaecimientos de este mundo, pero que podian ciertamente contribuir á modificarlos, si no obstante se admitia su material influencia y cuantos efectos pudiera producir esta última en los ánimos humanos, en cuanto estan dependientes de la materia que animan. »

Hubo tambien varios que citaron antiguos pronósticos: « que habian anunciado, decian, para aquella época una invasion de los Tártaros hasta en las orillas del Sena. Y ételos aquí en efecto libres de triunfar del ejército frances abatido, para cumplir aquellas predicciones. »

Otros traian á la memoria entre sí aquella trémenda y mortífera tormenta, que habia señalado nuestra entrada en los

dominios rusos. « ¡ Habia hablado el cielo, vaticinando aquella calamidad! ¡ La naturaleza se habia esforzado á repeler aquella catástrofe, ¡ por qué no la habia comprendido nuestra obstinada incredulidad? En tanto grado aquella simultánea ruina de cuatrocientos mil hombres, acaecimiento que en el hecho no era mas peregrino que la multitud de epidemias y revoluciones que asolan de continuo la tierra, en tanto grado aquella ruina, repito, les parecia un suceso único, raro, y en que hubieran debido ocuparse todas las potestades celestes y terrenas: tan inclinado es finalmente nuestro ánimo á reducirlo todo á sí mismo, como si la Providencia, protectora de nuestra fragilidad, y temiendo que ella se anonadase á la vista de lo infinito, hubiera querido que cada hombre, este punto en el espacio, se creyese y fuese por sí mismo el centro de la inmensidad.